

## Murmullos

© XÁNATH CARAZA

Qué delicia es dormirse entre los brazos abiertos de un buen libro. Las palabras flotando alrededor del cuerpo y cubriéndolo como una enredadera que se enrosca en el tronco del árbol, que sube desde las raíces hasta la fronda más abundante. Sumirse entre sueños en la textura del papel de un buen libro es como haber hecho el amor con el mejor de los amantes. El más complaciente, el que está atento a la respiración de la mujer amada, procurándole el placer más largo y sensual. No recuerdo si eso también lo leí en un libro, creo que sí. *La mano de fuego*, me parece. No importa. Porque anoche me dormí con los murmullos de uno de mis viejos amantes, tal vez el mejor hasta ahora. Me gusta retomarlo y revivir nuestros encuentros amorosos, sobre todo durante las noches más frías de invierno.

*Yo sé que estás solo. Que te gusta que te abra y pase mis dedos entre las páginas, porque te da vida. No importa la diferencia de edad entre nosotros. Te conozco desde hace tiempo. Pero hace unos meses te retomé por completo. Te redescubrí. Me sedujiste como la primera vez y dejé que tu experiencia me llevara de la mano. No me opuse. No dejo que eso pase muy seguido, pero contigo, contigo es distinto. Cómo resistirme. Reservo ese privilegio sólo para ti. Para ti mi querido Pedro Páramo.*

---

Xánath Caraza es viajera, educadora, poeta y narradora. Sus poemarios y libro de relato bilingües son *Sílabas de viento/Syllables of Wind* (2014), *Noche de colibríes: Ekphrastic Poems* (2014), *Lo que trae la marea/What the Tide Brings* (2013), *Conjuro* (2012) y *Corazón Pintado: Ekphrastic Poems* (2012). Escribe la columna "US Latino Poets en español". Caraza también escribe para *La Bloga* y para la Revista *Zona de Ocio*. Enseña en la Universidad de Missouri-Kansas City (UMKC) y es miembro del Círculo de consejeros, Con Tinta, una organización literaria chicana/latina en los Estados Unidos de Norteamérica. Además, Caraza ha recibido la Ayuda Nebrija para Creadores 2014.

Caraza, X. "Murmullos". *Camino Real. Estudios de las Hispanidades Norteamericanas*. Alcalá de Henares: Instituto Franklin-UAH, 6: 9. (2014): 165-169. Print.

Mucho tiempo estuve celosa de Susana San Juan. No quería ni leer su nombre. Mucho menos decirlo en voz alta. Cerraba el libro de golpe cuando me topaba con su nombre, Susana San Juan, y lo abandonaba por días, a veces semanas. Ahí lo dejaba, solo, empolvándose, en el mismo sillón donde lo leía con tanto entusiasmo. Me ponía de mal humor tener que ver su nombre. Ella, siempre ella, en su mente. La odiaba. Cómo sacársela de la mente. Lo tenía obsesionado. Embrujado. Toda su vida estuvo diseñada alrededor de ella. Todo lo que hizo y trabajó fue por ella. Cómo quisiera que por lo menos una décima parte de lo que hizo hubiera sido para mí. Pero luego me di cuenta que si lo dejaba hablar de ella se quedaba conmigo más tiempo. Ya no lo cerraba de golpe y lo dejaba sobre el sillón abandonado. No era necesario. Estaba aprendiendo a escucharlo. Me necesitaba.

Ninguna de sus otras mujeres me hacía sentir celosa. Porque sabía que ninguna le importaba. Todas eran conquistas pasajeras. Sólo Susana San Juan era mi rival. Hacía que me hirviera la sangre oír su nombre. Pero ella ni en cuenta. Ella también estaba sumida en sus propios pensamientos. Susana San Juan, a su vez, se la pasaba suspirando por ese hombre que decía amar, Florencio. *Por lo menos me consolaba que ella no te correspondía mi amado Pedro Páramo.*

A la que entendía perfectamente era a Dolores Preciado. De hecho si hubiera podido le hubiera abierto las puertas de mi casa cuando dejó el rancho *La Media Luna*. Pobrecita, tuvo que criar sola a Juan. Cómo me hubiera gustado haber sido yo la madre de ese niño. Aunque en realidad lo sentía tan mío como de Dolores. Yo también le daba consejos a Juan cuando regresó a Comala. Lo cuidaba desde lejos. A veces mi voz se confundía con la de Dolores, no me importaba que Juan pensara que sólo Dolores era la que hablaba. Yo no sentía celos de ella, por eso no me molestaba. De hecho, fui yo quien le mandó a Abundio Martínez para que Juan no se perdiera en el camino.

Cuando vi que Juan estaba sin saber qué hacer en Los Encuentros, se me ocurrió decirle a Abundio que lo fuera a alcanzar. Como Abundio siempre necesitaba dinero y Refugio ya andaba enferma, aceptó. Iba de mala gana, pero aceptó, qué otra cosa le quedaba por hacer. Al principio no le gustó nada la idea de ir a encontrarse con Juan, porque eran medios hermanos y tenía que fingir que no lo sabía.

Cuando le dije a Abundio que Juan iba a buscar a mi Pedro se molestó todavía más. Pero como Refugio no mejoraba, pronto necesitaría un médico, no le quedé de otra más que aceptar mi propuesta. Eso sí, tuve que ofrecerle una buena suma de dinero. Me dijo claramente que aceptaba porque no quería vender sus burros, como estaba escrito en las últimas páginas del libro. Que quería quedarse con los burros, poder pagarle al doctor la visita y que llegara a tiempo para que su Cuca no se le fuera a morir,

como decían que pasaría. Recuerdo muy bien que eso fue lo que me dijo y se fue a encontrar a Juan. *Fui yo Juan, hijo mío, o casi mi hijo, quien te mandó a Abundio para que llegaras sin problemas a Comala.* Abundio Martínez no apareció así nada más de la nada, como todos dicen. Fui yo, quien lo mandó a Los Encuentros.

*¡Ay Pedro Páramo! Si tan sólo me hubieras amado de verdad. Pero no puedo negar que la pasamos bien. Aprendí a escucharte y tú con esa experiencia de amante insaciable, no me volví a quejar. Yo no sé por qué hoy en día algunas mujeres dicen que eres un hombre abusivo. La verdad es que no te entienden. Otras dicen que eres el típico hombre que le gusta aprovecharse de todas. Que las usa y se va. O peor, hasta se han atrevido a acusarte de violador. O de andar dejando hijos por todos lados y no hacerte responsable de ellos. Andan diciendo que tienes muchos hijos regados Pedro Páramo, pero yo no les creo. Yo nada más te conozco tres. La verdad es que no te entienden. No te conocen como yo a ti. No ha habido una mujer que te sepa hacer feliz. Que te sepa leer y yo estoy aprendiendo a hacerlo.*

*Esas mujeres no te entienden Pedro. Pero mejor, porque si te entendieran, yo sabría que es porque de seguro ya se acostaron contigo. Es que ninguna de ellas ha pasado una noche contigo Pedro Páramo. Si tan sólo supieran que cuando pronuncio tu nombre en voz alta me estremezco todita. ¡Ay Pedro Páramo! En mala hora te descubrí. Desde que te encontré no puedo dejar de pensar en ti. Eres como un murmullo en mis oídos. Llegas con las primeras palabras que leo.*

*Únicamente necesito unos cuantos párrafos para despertarte. Para hacer que toda tu fuerza se despabile. De pensarlo el corazón se me acelera y empiezo a temblar desde adentro. Luego están las palabras Pedro Páramo. Esas palabras, que me abrazan, se me pegan al cuerpo y me dan calor. Las palabras rodeando mi cuerpo, completito. Y tus manos, Pedro Páramo, se fragmentan en sílabas para alcanzar todos mis lugares secretos. Mis espacios en blanco. Los murmullos parece que me matan lentamente Pedro Páramo.*

Miguel fue la prueba de que Pedro Páramo era un buen padre. Nunca entendí por qué la gente decía que: “Pedro Páramo era el rencor vivo”. Bueno, fue Abundio quien lo dijo primero. Pero ya sabemos cómo es la gente, nada más repite por repetir. Creen todo lo que le dicen, son puros rumores. Cómo se les ocurre decir eso. A mí me consta que a Miguel nunca le faltó nada. Lo tenía todo: cariño, dinero, atención. No era un mal muchacho. Lo que pasaba es que era joven, impetuoso, le picaba el alma por conocerlo todo. Cuando se le metía una idea en la cabeza nadie lo hacía cambiar de opinión. Algunas personas le tenían miedo pero es que no lo conocían.

*Recuerdo muy bien Pedro Páramo cuando me contaste sobre la muerte de Miguel. Cuando se tropezó del caballo. Llegaste todo alterado, o más bien, te leí todo alterado. Qué difícil. Esa noche se escuchaba el silencio. También hacía mucho frío. Sólo te abracé Pedro Páramo. De lo que pasó después, ya no me acuerdo.*

Yo pensaba que los murmullos solamente se oían en Comala. Pero cuando los empecé a distinguir me dio gusto. Primero oí entre ruidos y canciones, no estaba segura qué era lo que oía. Poco a poco distinguí los murmullos. Sabía que me estaba acercando más a todo lo que era tuyo. Luego me di cuenta de que si encontraba el tono adecuado, mi voz también se convertía en murmullos. La primera vez que lo noté fue cuando pensé en voz alta, Juan lo oyó y pensó que era Dolores la que le murmuraba. Preferí no desengañarlo. De Dolores nunca sentí celos, entonces para qué decirle que en realidad era yo.

*Todo iba muy bien entre nosotros Pedro Páramo. Me venías a ver casi cada noche. Me metía entre las sábanas blancas, las que te gustaban, y te empezaba a leer en voz alta. No importaba que fueran las mismas páginas de la noche anterior, las repetía como al más poderoso de los rezos existentes. Era tu más fiel seguidora. Más adelante cuando sabía que en la siguiente línea venía tu nombre, lo decía lentamente, disfrutando entre los labios los sonidos de cada consonante y vocal en mi boca. Así comenzaba todo. Ahí es cuando te empezaba a sentir. Tu cuerpo junto al mío, fuerte, varonil.*

*Todo iba muy bien entre nosotros Pedro Páramo hasta que volviste a mencionar a Susana San Juan esa noche. La noche que cayó nieve sin parar y pensé que sería nuestra mejor noche. Pero lo echaste a perder Pedro Páramo. Pensé que ya la habías olvidado. No me gustó nadita que primero llegaste muy dispuesto a estar conmigo y de pronto, entre el calor de las palabras, dijiste su nombre, quedito. Fue un susurro, como el viento, creíste que no me había dado cuenta, porque no te dije nada. Me hice la disimulada y seguí haciendo lo que te gustaba. Eso que sólo yo me atrevía a hacer. Que sabía, que ni Susana San Juan se atrevía a pensar. Seguimos como sin nada. Te vi casi desaparecer de placer. Pero no se me olvidó Pedro Páramo que en nuestra noche más apasionada, dijiste su nombre. Me tragué el enojo esa noche, porque de verdad te quería tanto Pedro Páramo. Todavía ahora nada más de pensar tu nombre me dan escalofríos. Mira cómo estoy temblando Pedro Páramo, mira.*

Abundio Martínez me volvió a buscar. Me dijo que Refugio seguía mala. Él siempre estuvo muy sentido con la vida. Decía que nunca lo habían reconocido como hijo. Me daba mucha lástima. No era malo, fueron las circunstancias. Yo ya sabía cómo iba a terminar todo. Aunque quisiera cambiar el final, no podía, pero eso nunca se lo dije al pobre de Abundio. Él quería que su Refugio le durara más tiempo. Pero pasó lo que tenía que pasar, se le fue. Más tarde, como siempre hace en las últimas páginas, pobre Abundio, siempre repite la misma historia, se fue a emborrachar. Esta vez fui yo quien le sirvió las copas. De todas maneras iba a pasar. Le dije que te fuera a ver para que le ayudaras con el entierro de su mujer. Como yo ya te conocía sabía que te ibas a negar y eso iba a ser la gota que derramara el vaso. Abundio iba muy tomado y con mucho dolor en el pecho.

Tú, Pedro Páramo, seguías pensando en esa mujer. *Repetías su nombre en voz baja, me habías engañado. Me usaste Pedro Páramo.* Nada más la pasaste bien. Me sentía como los otros rumores que había escuchado. Me sentía adolorida.

Traté de que Abundio se apurara a llegar hasta ti. Que cumpliera con su destino, total ya estaba escrito. Abundio estaba furioso con la vida, pero para mi sorpresa se quedó dormido con la última copa que le había servido todavía en la mano. Eso hizo decidirme a dar el salto. Tenía que tomar al toro por los cuernos y arreglar esto yo misma. No podía depender de Abundio. Menos del pobre de Juan, que ya estaba bien muerto. Para qué andar sacando muertos de sus sepulturas, luego por eso no lo dejan dormir a uno y se nos llenan de fantasmas las noches. De esos fantasmas que suenan a ultratumba y dan escalofríos cuando se acercan.

*Pues, Pedro Páramo, así pasó. Así lo recuerdo. Fui yo la que decidió dar el brinco. Comencé a leer a pesar que los murmullos sordos se acercaban más. Quería cumplir el destino de Abundio. Entonces leí las palabras que se exaltaban en las páginas que ya sabía de memoria.*

“Sé que dentro de unas pocas horas vendrá Abundio...” pero no llegó. Entonces llegaste tú, decidida. Te vi por el camino de Comala. Venías tan hermosa como siempre. Llena de vida, con la pasión desbordándose de tu mirada. No sé de dónde me salieron fuerzas, yo ya me estaba muriendo. Sentía el cuerpo pesado, la mano izquierda, caía sobre mis rodillas, muriéndose como los otros pedazos de mi cuerpo que iban muriendo cada día. Pero cuando te vi por el camino, se me metió tu vida de golpe. Primero, me entró por los ojos. Luego, un calor intenso me subió por el cuerpo, me llegó hasta la nuca, como cuando le acercan a uno un leño caliente. Después la mano izquierda me empezó a responder.

Me levanté y te fui a alcanzar mujer de palabras. De pronto un murmullo caliente revolvió los párrafos, los desordenó. Entre el camino polvoso te quise dar la mano, pero ya no te podía distinguir. Me sentía renacer otra vez. No estaba seguro de lo que estaba pasando. Por primera vez no pensé más en Susana San Juan. Sólo en ti.

El murmullo arreció junto con el calor sofocante de Comala. Llegó de momento, todo fue muy rápido. Sentí cómo las páginas donde se estaba escribiendo esta historia se desgarraban. Me quedé ahí, inmóvil, deseándote, muriendo de amor por ti. Luego, otra vez los murmullos, esos mismos murmullos que te hacían desaparecer, te borraban de las páginas que se estaban escribiendo. Te desvanecías. Pero esos murmullos también me borraron de tu memoria, de tus recuerdos, y yo nunca supe, ni siquiera, cuál era tu nombre. Me quedé ahí en el camino de Comala sintiendo cómo los murmullos del viento te alejaban de mí para siempre. Todavía alcancé a sentir cuando cerraste el libro y lo dejaste enredarse entre los murmullos que quedaban en el aire y las sábanas blancas, aquéllas, mis favoritas.